

EDUARDO NARANJO

EDUARDO NARANJO

© Lunwerg Editores

Fotografía personal: Chema Conesa

Fotografías: Javier Caballos; Chema Conesa; Beatriz Díez Astoreka;
Juan, Elías y Juan Carlos Dolcet; Gonzalo de la Serna; Fernando Martín Sánchez
Paco Orte; Luis Pérez Mínguez; Paco Sinesterra; As Color

Diseño: David Montoya

Investigación bibliográfica, biográfica y catalogación de la obra:
Bárbaba Pérez Solero; Eduardo Naranjo (hijo); Miriam Sandonís

Creación, diseño y realización de Lunwerg Editores
Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción
total o parcial sin la debida autorización

ISBN: 84-9785-202-8

Depósito legal: B-48106-2005

LUNWERG EDITORES
Beethoven, 12 - 08021 BARCELONA - Tel. 93 201 59 33 - Fax 93 201 15 87
Luchana, 27 - 28010 MADRID - Tel. 91 593 00 58 - Fax 91 593 00 70
Callejón de la Rosa, 23-A - Tlacopac San Ángel - 01060 MÉXICO D.F. - Tel. Fax 52-55 5662 5746

Impreso en España

EDUARDO NARANJO

TEXTOS

JOAQUÍN DE LA PUENTE

FERNANDO CASTRO FLÓREZ

FÉLIX GRANDE

TERESA HERNÁNDEZ FERNÁNDEZ

PRESENTACIONES	7
APUNTES SOBRE PAPEL INMACULADO	12
DE SAZÓN EN SAZÓN	15
LA VERDAD EN PINTURA	51
REALIDAD Y SUEÑOS:	
OBRA ÚNICA	79
OBRA GRÁFICA	213
POETA EN NUEVA YORK	245
CONVERSACIÓN	270
OBRAS	283
BIOGRAFÍA	292
BIBLIOGRAFÍA	297

...y a cuantos siguen mis obras.

Franj

Eduardo Naranjo, extremeño nacido en Monesterio, es, hoy por hoy, uno de los máximos representantes del arte pictórico español contemporáneo y uno de los mejores embajadores que el arte extremeño tiene en España y en el mundo. La presente edición, en la que se recoge una muestra extensa de su obra, da buena prueba de ello.

El tiempo que el joven Naranjo vivió en París convirtió al artista de la adolescencia en un recipiente creativo en el que el cubismo y el neoclasicismo se mezclaron con el realismo fantástico y la metáfora pictórica. Las más prestigiosas galerías empezaron pronto a reclamar sus obras, especialmente a partir de los grabados que realizó para *Poeta en Nueva York*, de Federico García Lorca –cuya influencia recorrerá su producción–, en los que invirtió cuatro años de trabajo. Esta obra se expuso en la Feria del Libro de Madrid en 1991.

Eduardo Naranjo sí ha sido profeta en su tierra. La decisión de otorgarle la Medalla de Extremadura, máximo galardón institucional de nuestra región, se justifica precisamente por su condición de artista universal. Naranjo ha recibido también el prestigioso Premio Extremeño de Hoy.

Las páginas de este volumen quieren invitar a los lectores a disfrutar de las maravillosas obras de Naranjo, un artista que pasará a los anales de la historia del arte. Esta edición, en cuyas páginas hemos pretendido plasmar el cariño y la admiración que sentimos hacia el artista, es expresión del empeño cultural de la Asamblea de Extremadura, que, mediante un convenio con Caja de Extremadura, se ha dotado de un consejo asesor para todas las acciones del Parlamento en materia de exposiciones y publicaciones.

No puedo concluir esta presentación sin manifestar un deseo personal e institucional: quisiera que este libro fuera la antesala de una gran exposición antológica de Eduardo Naranjo que tuviera como marco el Patio Noble de la Asamblea de Extremadura.

FEDERICO SUÁREZ HURTADO
Presidente de la Asamblea de Extremadura

Del mismo modo que Fuente de Cantos tiene a Zurbarán como pintor por excelencia del barroco español, a escasa distancia, en Monesterio, surge el arte inconfundible de Eduardo Naranjo como máximo exponente del hiperrealismo contemporáneo, enigmático y luminoso, capaz de expresar el sentimiento de la vida, más que la vida misma, como el propio autor ha proclamado en distintas ocasiones.

La distancia en el tiempo no deja de reafirmar la identidad extremeña, comarcana, de ambos pintores ni merma lo rotundo de su arte, ni idéntica emoción estética, ni la original inspiración o la consonancia estilística de la minuciosidad a la hora de plasmar telas y objetos tan reales como si pudieran palpase.

La trayectoria profesional de Eduardo Naranjo nunca fue ajena a sus raíces extremeñas. A este respecto señala Antonio Gala que “el pintor se ha realizado a solas y nos cuenta con sencillez su historia interminable, delicada y profunda”. Una historia rejuvenecida en su propia tierra a la que siempre permaneció ligado. Esta intimidad del artista con su origen la expresa en su pintura reflejando “mis emociones de las cosas y las situaciones que he amado [...] y la inconsciente búsqueda o mejor, el feliz encuentro. [...] Así como el apasionado impulso de captar el motivo en toda su belleza y, de este modo, reconocerme en él”.

Detrás de la obra de Eduardo Naranjo hay una intensa trayectoria vital que hemos tenido ocasión de percibir en nuestros diferentes encuentros con el pintor como miembro de la Real Academia de las Letras y las Artes de Extremadura o formando parte del jurado de nuestro certamen del Salón de Otoño de Pintura de Plasencia organizado por nuestra entidad, o bien como Medalla de Oro de Extremadura, galardón que ostenta al igual que nuestra Obra Sociocultural.

La pintura de Naranjo nos abre ventanas a escenarios mágicos y ambientes inquietantes. Sus cuadros son el triunfo de la representación de una realidad ilusoria, el dominio del método y del oficio, la audacia creativa, la sugerencia poética o como diría Italo Calvino en sus *Ciudades invisibles* “a veces basta una vista en escorzo que se abre justo en medio de un paisaje incongruente o unas luces que afloran en la niebla, para pensar que a partir de ahí juntamos pedazo por pedazo la ciudad perfecta, hecha de fragmentos mezclados con el resto, de instantes separados por intervalos, de señales que uno envía y no sabe quién las recibe”.

Este libro es fruto de la cooperación cultural de la Asamblea de Extremadura y la Caja de Ahorros de Extremadura, en el que no sólo confluyen los estímulos de difusión de aquellos valores y personajes de nuestra tierra que ofrecen dimensión artística y cultural universal, sino también pretende ser reflejo de un nuevo ánimo que incluye al propio autor. Realizar la publicación de una obra que “atrapa la luz y la vida, los paisajes del alma, las sublimes escenas del campo y el mar visionadas, si bien en ciertos instantes, fugaces e irrepetibles”, según expresa él mismo.

JESÚS MEDINA OCAÑA
Presidente de Caja de Extremadura





APUNTES SOBRE PAPEL INMACULADO

Palpo mi carne y mi espíritu, miro mi único “yo” entre vosotros, frente al espejo de la vida, y no me reconozco en la hermosa manera que me llamáis. Porque jamás podré relacionar tal nombre y hombre y su significado con el que en realidad fui y soy, con el que nací y convivo, pues ni siquiera a estas alturas he caído en la amable trampa de la fama y el mito, si bien en mí, por ventura, discretos, no capaces aún de ahuyentar mi adorada intimidad de soledades habitadas y silencios sonoros.

Gratas sensaciones de lo probablemente acontecido en mi más tierna infancia, acuden una y otra vez a mí, vagas, etéreas, confusas...evanescentes, en una palabra; y mansas, semidormidas, como sueños no pretendidos de flor y miel muy de mañana, en las que prevalecen, confiéndoles formas fantásticas, imprecisas, doradas luces en constante movimiento. Sutiles olores determinados me impulsan con frecuencia a revivirlas, y siento de nuevo el hechizo: un indescriptible estado de paz y sosiego; o de éxtasis, si así queremos definirlo.

No sé de los motivos exactos que las provocaron. Pero sí que tuvieron lugar mucho más atrás de aquellos remotos días que alcanzan mis recuerdos: en mi primera niñez, cubierta para mí por alguna desconocida razón de oscuridad, prácticamente oculta o al menos difuminada. Tal vez en la graciosa Sevilla, a la que tanto debo –entre otras cosas, conocer por fin el arte–, en esos tiempos y, de algún modo, también hoy, capital de Monesterio, pueblo en el que vine al mundo. Donde me debieron llevar en uno de sus viajes “por cuestión de médicos” mis padres. ¡El regocijo y la iluminaria de la gran ciudad que, imagino, impactaría con facilidad en mi frágil alma de zagalillo rural!

Quizá culpable de dividir mi noción de la vida en dos (en el antes y después) aquella aparatosa caída desde los altos peldaños de la rancia escalera de palos, sufrida por mí cuando contaba escasos años y en la que me golpeé en el cerebro, según en lejanas ocasiones me refirieron mis mayores. Al parecer, tan descomunal fue el susto que a fuego quedó el hecho grabado en sus memorias. Pero, para bien de males, como el que me produjera aquel fuerte dolor en el oído izquierdo hasta bien crecido o el despiste

crónico en que a partir de entonces me veo sumido), también es posible que el accidente narrado pudiera suponer el origen del futuro pintor que ahora os habla. Así de simple y sencillo.

Únicamente lo velado “crea” el misterio. Y es el misterio lo que nos atrae, nos anima e induce a expresarnos. El misterio más la luz. Esencialmente, la dichosa luz, es curioso, al fin y al cabo para el pintor motor y causa, reveladora de todo, incluso del anterior citado. Autora y protagonista al expandir sus infinitos tonos y matices, jamás permanentes e iguales, sobre la realidad, sin ella fría y desnuda, del milagro en que consiste la indeleble inspiración a diario renovada. ¡Divina luz que a su fugaz paso logra que múltiples cosas e ideas sobre ellas cobren en nosotros cuerpo y pugnen por salir convertidas, para nuestro asombro, en realidades distintas: con sello propio!

Fueron la luz y el misterio, sin duda, las causas del temprano despertar de mi tenaz vocación a representar (o interpretar) la vida a través de lo que después supe que llamamos arte. Apasionadamente, y con esa total entrega que a sus artífices nos caracteriza: fruto de la emoción tal arrebató irresistible que, desde un principio, asimismo, apenas recordado, en mí perdura y dota de sentido a lo que hago. Lo demás no importa, es gratuito o a expensas de nuestro talento o libre albedrío. Dado que, huelga decíroslo, en mis comienzos no tuve otros puntos de referencia, ni en los genes mezcla alguna de los de ningún antepasado oficiante de arte parecido; aunque sí a él proclive, tengo entendido.

Obstinado observador, “siempre abstraído”, me cuentan, más bien serio e introvertido y con una ineludible sensibilidad presta a ser herida, enormemente receptora, no es de extrañar que ya naciera pintor. Pensamiento y actitud irreversibles, inmanentes, que me acompañan de por vida. Vida por sentado la mía dedicada de lleno al arte, razón de que hasta ahora se me fuera en un suspiro. Dibujándola o pintándola, grabándola o, sencillamente, llevando las de otros a la gráfica. Como hice lustros atrás y recientemente con la de Federico García Lorca, cuya alma muy afín a la mía, a partir de sus versos de “Poeta en Nueva York”,

libro que escribió mientras se hallaba gravemente dolido de amor: de entre los suyos el más atemporal y universal y, sin embargo, a claras luces de su cuño y el que mejor nos cuenta al insigne poeta. Y también, en este caso, al hombre, porque no olvidemos que es la poesía, junto al arte, el más puro reflejo de nosotros mismos.

Confieso que, hasta el momento en que esto escribo, sólo he hecho expresar mi verdad y con ella la del mundo en la forma y medida que la Naturaleza o Dios me dio. El resto queda a juicio de vosotros; o ya más bien de los del futuro, que dirán lo definitivo. Si bien es algo que tampoco me preocupa demasiado: “el arte es tremendamente subjetivo”. Todo lo que he realizado ha sido por amor y para complacerme en ello: en la obra cuando menos bella y bien hecha. Los artistas, por qué mentir, somos así. Aunque quizá también –no lo sé, tengo mis dudas– pensando en sorprenderos gratamente y merecer, cómo no, vuestros elogios. Pero sobre todo en el sano deseo de conseguir lo sublime, “lo excelso”, y así poder ayudarme y ayudaros espiritualmente en este paraíso perdido, hoy de locos, deshumanizado, donde a fuerza de pretenderlo trepan y triunfan los mediocres, al límite de darnos la impresión de que el arte ya no existe o dicho paraíso el que nunca existió.

Poco o nada me mueven los estilos, tendencias, modas o etiquetas, patrimonios y logros de otros o de cada cual, de los que a veces, disfruto, mereciéndome incluso alta consideración. Sí, las influencias de aquellos que admiro, antiguos o actuales, a pesar de en su inmensa mayoría no guardar semejanza conmigo: Leonardo, Rembrandt, Zurbarán, Velázquez... Goya, Turner... E incontables otros más recientes y contemporáneos: Courbet, Daumier, Millet, Pinazo... Cossío o de los mismos Tápies y Antonio López en su día, que de todos he aprendido y recogido hasta llegar a ser quien soy. Y necio el que no lo haga, “no nacemos sabiendo”.

No entiendo las diferencias establecidas en el arte ni fobias hoy reinantes en los que se hacen nombrar eruditos y amantes suyos. El execrable rechazo, por ejemplo, al realismo o todo aquello que pudiera evocarnos el pasa-

do y la exaltación, en cambio, hasta de lo descaradamente absurdo y vulgar. Cuando el arte sentido y de calidad siempre es el mismo, si bien con distintos rostros, por suerte. Pero lo asumo, qué remedio, me tocó vivirlo, aunque me preocupa, esto sí, tanta fatuidad; igual o más que el venal mercantilismo en que se ve inmerso el arte en nuestros días.

En indicados espacios de libros y catálogos dedicados a mis obras con antelación, ya dejé plasmadas algunas serias reflexiones personales en relación a las mismas: a su génesis, proceso y maneras fundamentalmente. Pero una imagen, como solemos afirmar, vale por mil palabras, lo cual con mayor evidencia, habla de la inutilidad de las mías, en tanto que vano es repetir y pretender mejorar lo ya dicho en mis cuadros por insignificantes que sean. Cuánto más explícito es, sin comparación, lo que en torno a uno y éstas puedan aportar los verdaderamente capacitados a efectos de estudiarnos y describirnos. Y cierto es que en ello fui y sigo siendo privilegiado. Lo hicieron magistralmente, y de manera desprendida, numerosísimas personas –algunas, es triste, ya desaparecidas–, las más ilustres, impagables. Unas en la sin par prosa de sus tratados historicistas o enunciados críticos, y otras, no menos agudas y exquisitas, en bellos poemas. Resultaría arduo, además de presuntuoso (y arriesgado: “fácil sería caer en el olvido”) citarlas a todas. Mejor remitiros a mi bibliografía. Pero, como símbolo de estos maravillosos seres, aunque también constantes en mi mente Pepe Hierro o Joaquín de la Puente que, creyendo en mí, tan atinadamente hablaron de mis obras, de los que terminé siendo fiel amigo, elijo al menos a uno, o si lo queréis, a otro: José María Moreno Galván, autor de la presentación en el catálogo (muy humilde) de mi primera exposición en Madrid. Quién antes de aceptar hacerla, para mí un grandísimo honor, como podréis suponer, en aquel viejo taller de la calle de La Bolsa, donde acabábamos de conocernos, ya me advirtió con esta frase que también hizo figurar en su mencionado preámbulo: “Naranja, la juventud es una enfermedad que se cura con los años”. Tenía yo entonces veintidós o veintitrés, de ahí mi osadía, y él, aproximadamente, la edad

que tengo hoy. Y he de reconocer que en parte, sólo en parte, llevaba razón, de aún vivir, se lo diría y, dada su peculiar sardónica ironía, seguro que le haría gracia: “los años, José María, me aliviaron no más la del cuerpo, la interior la dejaron intacta, sólo que con mayores experiencias y sabiduría”.

Obvia decir que, a todos ellos, como a aquellos editores e instituciones que contribuyen a divulgar mi obra, citados u omitidos hoy, les estoy eternamente agradecido.

Si con los trabajos realizados hasta 1980 publicó mi primera monografía Serbansa, y, nunca mejor dicho, por auténtico amor al arte, insertos en ésta, al lado de mis reflexiones y primitivos versos ilustrados, los inigualables comentarios del ya citado José Hierro, Joaquín Castro Beraza, Miguel Fisac, Juan Antonio Vallejo –Nájera, José Luis Martín Descalzo y Francisco Nieva. Con los incluidos hasta los del 1992, acompañados del prolijo texto, sabio y profundo estudio sobre uno y sus obras, de mi antiguo y muy querido Profesor Joaquín de la Puente, igualmente antes ya mencionado, Lerner & Lerner con la valiosa colaboración de la Caja de Ahorros de Badajoz. O, con motivo de mi exposición retrospectiva de 1993 en el Centro Cultural de la Villa, el Ayuntamiento de Madrid a través de su Concejalía de Cultura, con los no menos extraordinarios escritos de Antonio García Berrio sobre mis dibujos y pinturas en general, Antonio Gallego, sobre mi gráfica, y Carlos García Osuna en referencia a mis originales para el teatro y, una vez más, de José Hierro (sólo como ejemplo, pues abundan infinitos más). Lunwerg, la Asamblea extremeña y la Caja de Ahorros de Extremadura se dignan hacerlo en esta ocasión con las obras mías ejecutadas desde aquellas últimas fechas hasta hoy, junto a las antiguas consideradas más representativas y cruciales, manteniendo por su insustituible valor testimonial e impecable factura, lo cual me place, aquel entrañable ensayo de Joaquín, antes del de María Teresa Hernández Fernández y de Félix Grande y como antesala del de Fernando Castro Flórez, con inclusión ahora en su tratado ya de las nuevas.

Pues con ellos y a vuestro parecer os dejo. Yo sobro.

DE SAZÓN EN SAZÓN

JOAQUÍN DE LA PUENTE

